

JESUCRISTO ES EL SEÑOR Y EL REY DE NUESTROS CORAZONES. ¡ES NECESARIO QUE ÉL REINE!

Jn 18,33-37

Jesucristo, Rey del Universo

Estamos ante la gran solemnidad de Cristo Rey. Concluye el año litúrgico. Todos los ciclos terminan con esta fiesta, aclamando a Jesús como Rey del Universo, el Rey de nuestros corazones. En este encuentro, querido amigo —que es un encuentro de gratitud, de alabanza, de riqueza al ver este Rey cómo ama, cómo domina..., y también de añoranza y exigencia por parte nuestra de cómo somos y cómo vivimos este Reino—, en este encuentro se nos invita a ti y a mí a considerar a Jesús, en toda su plenitud, Rey y Señor: Rey y Señor de nuestros corazones.

Hay muchos textos que nos indican la realeza de Jesús. Entre ellos elegimos uno y nos sirve también como reflexión, como acercamiento, como el estar cerca, estar junto al corazón de un Rey que ama. El texto que hemos elegido es Juan 18,33-37, donde Jesús ante Pilato, que le pregunta: “¿Eres Tú el Rey?”, Él contesta: “Tú lo has dicho: Yo soy Rey. Yo para eso he venido y para eso digo la verdad”. Escuchamos con atención este texto para entrar profundamente en este encuentro tan precioso y tan lleno de amor, esta fiesta de Cristo Rey:

Entró de nuevo Pilato en el Pretorio, llamó a Jesús y le dijo: “¿Eres tú el Rey de los judíos?”. Jesús respondió: “¿Dices esto por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?”. Respondió Pilato: “¿Acaso soy judío? Tu gente y los pontífices te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?”. Jesús respondió: “Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuera de este mundo, mis soldados lucharían para que no fuera entregado a los judíos, pero mi Reino no es de aquí”. Entonces Pilato le dijo: “Luego ¿tú eres Rey?”. Jesús respondió: “Tú lo dices. Yo soy Rey. Yo para esto he nacido y para eso vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz”.

Después de escuchar esta escena, querido amigo, a ti y a mí se nos plantean muchas cosas y muchas reflexiones acerca de este Reino. En primer lugar llenarnos de agradecimiento, de alabanza, porque Él ha querido que estemos en un Reino, en un mundo que Él domina, que Él es el Señor de todo, es el Señor de nuestra historia en todos los momentos. Pero si le preguntamos a Jesús: “Jesús, ¿cuáles son tus características? ¿En qué consiste tu Reino?”, tenemos un gran abanico a lo largo de todo el Evangelio. El Reino de los Cielos —nos dirá en muchísimas parábolas— es semejante a un grano de mostaza que se convierte en árbol; es semejante al fermento de una mujer que fermenta toda la masa; es semejante a un tesoro escondido que al encontrarlo, compra este hombre todo el campo; es semejante a un padre que ve dilapidar la herencia de su hijo y le ama hasta el extremo; es semejante...

Bueno, Jesús, ¿y en qué consiste tu Reino? Tu Reino consiste principalmente no en un reinado humano de honores, de consideraciones, sino en un reinado de bondad, de misericordia. Tú eres un Rey con un corazón bueno que está deseando amar y ser amado. Tú eres un Rey que nos demuestras cómo es tu Padre, cómo ama tu Padre. Tú eres un Rey que sales al paso de todas las necesidades, de toda enfermedad, de toda carencia, de toda debilidad. Tú eres un Rey que estás pendiente de lo que nos pasa en cada momento, como ocurre en las bodas de Caná, por ejemplo. Tú eres un Rey de otra manera: eres un Rey de paz, de luz, de reconciliación. Este Reino no se encuentra aquí, se encuentra en el interior del corazón. Fuera encontramos dominio, ambición, el querer, el sobresalir... No, Tú eres de otra manera, tus características son de otra manera: Tú reinas en el amor y es un amor que buscas al perdido, como buscaste a la oveja perdida; que buscas a la adúltera; que amas al pecador. Un Reino que me lleva a estar como Tú, amando y queriendo.

Y, querido amigo, nos preguntamos también hoy: ¿dónde estamos?, ¿estamos en ese Reino?, ¿vivimos de ese Reino?, ¿proclamamos ese Reino? Si queremos estar bajo su bandera, bajo su corazón, tenemos que ser como Él: apasionadas de amor como Él, apasionados de amor, como todas las personas que te aman y que están locas sirviéndote y queriéndote en ti, viviendo y teniendo una experiencia profunda de filiación...; manifestando al mundo lo feliz que estoy contigo, preocupándome de ser como Tú en esa dimensión de vivir pendiente de los demás, de las necesidades del otro, de la acogida, del servicio. ¿Y qué actitudes tienes Tú como Rey? El perdón, la misericordia. Qué bien nos lo has dicho en el Evangelio: “Ven, bendito de mi Padre, porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve enfermo, etc...”.

Éstas son tus actitudes: el amor, la misericordia, el hacerte con el otro. Por esto, Jesús, hoy te quiero pedir mucho. Es una fiesta muy grande, es un clamar “¡Viva Cristo Rey! ¡Reina en mí, Jesús! Que deje de ser lo que soy para ser lo que Tú eres”. Y quiero que reines en mi entendimiento tan duro, tan fuerte que no entiende. Que la reflexión, el encuentro contigo, el contacto cambie mi corazón. Tú quieres ser amado. Es necesario que reines, es necesario que seas amado. Tienes que reinar en mí, en mis actitudes, empezando por las más espontáneas, para que la bondad fluya en todas las acciones, el enamoramiento fluya en todas las acciones. Es necesario que reines para que sepa imitarte conociéndote, amándote, experimentándote. Es necesario que reines para que aprenda, como un compromiso de vida, a comunicarte, a extenderte, a darte a conocer como pueda, con mis ojos, con mis palabras, con mi forma de ser, con mis actitudes.

¡Qué bonito y qué gratificante y qué consolador es dedicar la vida a extender este Reino de amor! Con todas las pobreza que lleva, con todas las pobreza que tenemos; son tantas... Es necesario que Tú reines. La fiesta, la gran fiesta de Cristo Rey, el Alpha y el Omega, la finalización del año litúrgico es una invitación y un compromiso a tenerte a ti como Rey. ¡Tienes que reinar! Qué pena cuántos momentos, cuántas acciones, cuántas formas de que Tú no reines en mí y Tú no reines en mi vida, ni reines en el mundo. “¡El Amor no es amado!”, decía San Francisco de Asís gritando. El Amor no es amado... Se busca un reino de autoridad, de ejércitos, de defensa, pero tu

realidad es de otra manera: tu realidad es “no” a la violencia, “no” al pesimismo, “no” al orgullo, “no” al egoísmo, “no” a la frialdad. Tú eres el Rey. Cristo eres... Cristo, Jesús, Tú eres el Rey del Universo y yo soy tu pobre testigo del amor que me das. Que yo sepa... —al finalizar este ciclo litúrgico y este año litúrgico—, que sepa dar testimonio del gran amor que me tienes.

*¡Que viva mi Cristo, que viva mi Rey,
que impere do quiera triunfante su ley!
¡Que impere! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!
Su realidad proclame por todos los sitios
y que este Rey esté en todo el mundo.*

Querido amigo, hoy en este encuentro Jesús te dice a ti y a mí: “Quiero reinar en ti, ¿me dejas? ¿Me dejas ser el Rey de tu vida? ¿Me dejas ser el Rey de tus pensamientos, de tus acciones? Fíate de mí, que Yo te conduciré por buenos pastos y por buenos caminos. Déjame reinar... déjame reinar en tu corazón y déjame ser el Señor de tu vida. Déjame que te la dirija, no quieras ser tú la que lleve el timón. Déjame que lleve Yo el timón y te conduciré siempre a buen puerto”.

Y terminamos pidiéndole a Jesús que sea nuestro Rey, Rey del mundo, Rey de los corazones, Rey de las personas, Rey de mi vida, Rey de mi corazón. Terminamos con el Salmo 144:

*Te ensalzaré, Dios mío, mi Rey.
Bendeciré tu nombre por siempre jamás.
Día tras día te bendeciré
y alabaré tu nombre por siempre jamás.*

*Grande eres Tú, que mereces toda alabanza.
Es incalculable tu grandeza.
Una generación pondera tus obras a la otra
y le cuenta tus hazañas.*

*Alaban tu gloria y tu majestad,
y yo repito tus maravillas.
Yo narro tus grandes acciones.
Tú eres clemente y misericordioso,*

*lento a la cólera, rico en piedad.
Eres bueno con todos
y eres cariñoso con todas tus criaturas.
Que todas tus criaturas te den gracias, Señor,*

*que te bendigan tus fieles,
que proclamen la gloria de tu Reinado,
que hablen de tus hazañas,
explicando tus proezas.*

*Tu Reinado es un Reinado perpetuo,
tu gobierno va de edad en edad.
¡Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo!*

*Como era un principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos.
Tu Reinado es un Reinado perpetuo
que va de edad en edad.*

Así queremos terminar, preguntándonos más de una vez: ¿creo en este Reino?, ¿vivo de este Reino? ¿Proclamo, anuncio el amor de Dios en mí?, ¿cuál es mi propaganda? ¿Profundizo?, ¿profundizo en tu amor? ¿Tengo pasión por ti? ¿Contagio, tengo ilusión, soy feliz contigo? Y termino recordando las frases de una Fundadora¹ a la que aprecio muchísimo, que era una mujer enamorada de ti: “Es necesario que reine. El «siento ansias de reinar» lo llevo muy hondo. ¡Ayúdenme a extenderlo! ¡Busquen el Reino de Dios! ¡Extiendan su Reino!”.

Es necesario que Tú reines. Así terminamos: metiéndonos... y dándole gracias... y alabando a este Jesús... y aclamándole con nuestro corazón, con nuestras voces: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey! Que así sea.

Francisca Sierra Gómez

¹ Amadora Gómez Alonso, Fundadora de la Congregación de las Celadoras del Reinado del Corazón de Jesús.